

La Ventana Indiscreta

¿Nadie Construye una Sala?

Hace poco se produjo un conflicto entre dos empresas de espectáculos por la precedencia en el empleo de la única sala para música, teatro y ballet que tiene esta ciudad de más de un millón de habitantes y que, para mayores datos, se supone dueña de una tradición cultural. No era esa la primera vez, por supuesto, que se producía un problema de esa índole, ni será tampoco la última. Es ésta una capital que carece de salas adecuadas para grandes espectáculos de arte, lo cual, aparte de ser inexplicable, redundaría en perjuicio de los espectadores, pues aquí no puede presentarse más de una compañía. Tenemos cientos de edificios nuevos, y en ninguno, los arquitectos —y los propietarios, que con un afán lucrativo realmente frenético prefieren destinar los subsuelos de sus inmuebles a fines rentables— han pensado hacer una sala de espectáculos moderna, cómoda, amplia. Por indiferencia o incultura —digamos la verdad— pierden los inversionistas un buen negocio que es, además, un excelente medio de contribuir al adelanto espiritual de la comunidad.

Afortunadamente, desaparecido el Teatro Segura, el Ministerio de Educación Pública —gracias al empeño personal y directo del doctor Jorge Basadre—, pronto se contará con la sala de La Cabaña, que pertenecerá a esa dependencia oficial. De otra parte, dentro de condiciones muy precarias, existen el Club de Teatro y, un poco más holgada, la de la Asociación de Artistas Aficionados. Entre Nous tiene un local que apenas es útil para conciertos, de música de cámara. Y pare usted de contar, pues el teatrín de Radio Mundial no estará disponible para actuaciones dramáticas hasta después de julio.

En todas las ciudades importantes —capitales o no— los propietarios de edificios han comprendido que, al levantar un edificio de renta, es posible destinar un espacio —generalmente el sótano— a local de espectáculos. Desde hace una década, en Santiago de Chile, por ejemplo, eso es una norma de la construcción. Aquí nadie se ha dado cuenta de lo que eso significa para prestigiar un bloque céntrico, para animar un lugar, para cooperar al desarrollo cultural de la ciudad. No por azar es que se dice que el capitalista peruano es tardo, desconfiado y rutinario. Bien se merecen esos tres adjetivos quienes pudiendo hacer teatros, verbigratia, no los hacen.

En el proyecto del inmenso Ministerio de Educación Pública figuraba un teatro cuyo trazo puede distinguirse aun en la parte posterior de aquel edificio. Era un hermoso plan elaborado prolijamente por el arquitecto Enrique Seoane Ros, uno de nuestros buenos artistas de la edificación. El General Mendoza, dictador ministerial, tachó esa parte del proyecto, y la sala no se hizo. Ahora no hay salas y la única que queda —mientras La Cabaña no está lista— es la manzana de la discordia. ¿Será posible —se pregunta el cronista— que no haya nadie en esta ciudad de más de un millón de habitantes que se anime a cubrir ese vacío? El que lo haga será un pionero.